



DEBATE

.....
Revista Trabajo, tercera época, año 3, núm. 5, julio-diciembre de 2007.

.....
POR CARLOS LEÓN SALAZAR
Posgrado en Estudios Laborales, UAM Unidad Iztapalapa
losconfines@yahoo.com.mx

El número 5 de la tercera época de la revista *Trabajo* tiene como tema central la productividad, la educación y la seguridad social. Tres son los artículos que abordan los tópicos en cuestión y que aquí reseñamos.

En su artículo “Dualismos antiguos y contemporáneos en América Latina y Asia: Productividad laboral, competitividad internacional y distribución del ingreso”, Humbert Escalaith –investigador del Centro de Economía y Finanzas Internacionales de la Universidad del Mediterráneo (Francia)– realiza un análisis comparativo de los procesos de formación y consolidación de la estructura productiva en las regiones oriental y latinoamericana, y opta por una metodología de contabilidad sectorial para describir la evolución de la productividad laboral a través de la desagregación de dos de sus determinantes: la reasignación sectorial y la productividad intrínseca. El texto nos muestra cómo, en el caso asiático, el proceso de despegue de las economías se acompañó de una tasa acelerada en la reasignación del trabajo agrícola hacia el industrial, resultando una migración de trabajadores hacia empleos de mayor ingreso y productividad. El cambio intrínseco en la productividad industrial en los países orientales también se vio favorecido por la incorporación de innovaciones tecnológicas en sus procesos productivos. En el caso de América Latina, la reasignación sectorial predominante tuvo lugar entre la agricultura y los servicios, pero los puestos de trabajo creados por el sector servicios fueron generalmente de baja remuneración y productividad decreciente. A pesar de que durante

su periodo de despegue la industria incrementó su productividad intrínseca, no pudo crear los puestos de trabajo necesarios para absorber la cada vez mayor oferta de mano de obra en el entorno urbano. Cuando esta región trató de aplicar una estrategia de crecimiento liderado por las exportaciones, sus empresas encontraron dificultades para competir en el mercado mundial con los productos asiáticos. La alternativa fue especializarse en segmentos de mayor valor agregado o limitarse al aprovechamiento de los recursos naturales; no obstante, esta especialización tampoco logró crear puestos de trabajo al ritmo que aumentaba la población. Un corolario de tales tendencias fue el acelerado crecimiento del sector informal, muy visible ya desde los setenta.

Las diferencias de la competitividad sistémica de las economías de Asia y América Latina, en el marco de la inserción productiva en la economía global, sin embargo, no sólo dependen de los modelos de desarrollo industrial orientados a la exportación. En ese sentido, Escalaith también compara el desempeño de los servicios en que se pueden apoyar las industrias. Los datos que miden el cambio acumulado entre 1985 y 2001 para la productividad laboral según su agrupación en tres grandes sectores (producción de bienes, servicios de infraestructura y "otros servicios") muestran para el caso asiático un desempeño armónico, lo cual indica que los empleos creados en "otros servicios" (servicios públicos y sociales; servicios bancarios, inmobiliarios, aseguradoras, etcétera), aumentan su importancia en conexión con los otros sectores, es decir, son empleos de alta productividad intrínseca. En América Latina, en cambio, el desempeño de la productividad laboral se caracteriza por sus contrastes, los indicadores que reportan la mala calidad de los empleos en "otros servicios" dan cuenta de un proceso de terciarización de la economía no complementario a la industrialización. Como efectos concomitantes a este proceso, Escalaith desataca la permanencia del diferencial de competitividad de Latinoamérica respecto a los países más industrializados y el ahondamiento de las brechas internas de productividad y en los niveles de ingreso.

Después del diagnóstico poco alentador para América Latina, el autor señala algunas recomendaciones que deberían seguir las políticas públicas para contrarrestar las tendencias negativas. Una política cambiaría que fomente la competitividad y un adecuado manejo de la demanda interna debe acompañarse con reformas más estructurales, que procuren la orientación de los movimientos intersectoriales de fuerza de trabajo de los sectores de baja productividad hacia los de mayor rendimiento económico. Esto implicaría la promoción del desarrollo rural, de modo que la migración hacia la ciudad sólo ocurra cuando haya oportunidades reales de empleo. Una propuesta adicional es impulsar las exportaciones del sector servicios latinoamericano, en especial aquellos que no se caracterizan por su mayor calificación y valor agregado (como la informática), sino, por ejemplo, los servicios de cuidado y atención a la salud, que no requieren tratamientos especializados, o los servicios turísticos, que podrían vincularse con la promoción del desarrollo rural. No obstante, en la propuesta del autor se nota la ausencia de una

estrategia que permita reducir el rezago y la dependencia tecnológica de las economías de América Latina respecto a los países más industrializados. De no contrarrestarse tal tendencia, el riesgo sería que la reasignación intersectorial permanezca enmarcada por una productividad sistémica baja, con dificultades para acelerar la productividad intrínseca en cada sector.

En otro de los artículos contenidos en la revista, Giovanna Valenti Negrini y Gabriela Becerril Posadas –ambas investigadoras de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso)-México– abordan el problema de que el capital humano en México no está generando riqueza en la forma en que podría hacerlo. En particular esto se plantea para el nivel de los profesionales, es decir, para aquellos con un nivel de escolaridad equivalente a 16 años o más y que se hallan en una situación de exceso en su nivel de capacidades y conocimientos con respecto al nivel requerido para las tareas en sus trabajos.

Entre los enfoques teóricos que han abordado la cuestión de la subutilización de habilidades, surgidos en su mayoría durante la década de los setenta en Estados Unidos, las autoras destacan el *credencialismo*, según el cual la información sobre las potencialidades productivas de un trabajador no está dada sólo por el nivel de escolaridad o la experiencia acumulada, sino que la información disponible está en las señas o credenciales de la persona: la raza, el género, la zona de residencia. El mayor peso de los factores sociales y culturales resultarían poco eficientes y conducen a la subutilización de capacidades. La teoría del *desajuste ocupacional*, por otro lado, analiza las asimetrías entre los requerimientos del empleo con las capacidades que poseen los individuos. El acelerado crecimiento en los niveles de estudio no se correspondería con la creación de puestos de trabajo adecuados a la formación de los profesionales, debiendo éstos instalarse en categorías ocupacionales que exigen menor educación. Entre los efectos negativos que genera la sobreeducación son señalados la productividad deficiente y los bajos niveles salariales, además de la insatisfacción laboral. Uno de los factores que producen sobreeducación sería la distribución geográfica poco eficiente de los recursos humanos.

A la luz de las teorías antes señaladas, y dado el aumento en la matrícula en la educación superior en nuestro país a finales del siglo xx, Valenti y Becerril plantean la pregunta que da título a su artículo “¿Existe subutilización detrás de la sobreeducación de los profesionistas en México?”. Si bien las autoras señalan la existencia de diversas metodologías –tanto objetivas como subjetivas– para estudiar el fenómeno de la sobreeducación, ellas adoptan la propuesta de la OIT surgida en la XVI Conferencia de Estadísticos del Trabajo para medir la subutilización a través de parámetros estadísticos, recogida en México por la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo e identificable en la intención de cambio de empleo como condición de trabajo inadecuado según la razón de subutilización de habilidades.

Los resultados presentados en el artículo evidencian que a través del tiempo son cada vez más los profesionistas que se ocupan en empleos inadecuados para su formación.

Esto se acentúa en carreras como administración, contabilidad, derecho y diversas ingenierías; carreras que han absorbido gran parte del incremento matricular en los últimos años, lo que indicaría una sobreoferta que satura los mercados de trabajo y desplaza a los profesionistas de estas áreas a la competencia por trabajos que requieren menor nivel educativo. Adicionalmente, el crecimiento de empleos asociados con el sector informal ha constituido una alternativa para los profesionistas, en virtud de que ofrece la oportunidad de rendimientos mayores a los que se consiguen en los mercados laborales formales. La desprofesionalización de las habilidades también se explica porque la demanda de recursos humanos formados profesionalmente en los sectores de punta ha crecido poco.

Las políticas públicas sugeridas por Valenti y Becerril para afrontar tal problemática buscarían romper el círculo vicioso de las fallas en la formación profesional y la subutilización de recursos humanos. Lo fundamental en su propuesta sería la articulación de políticas sectoriales entre la industria, la educación, la ciencia y la tecnología, así como la crediticia, fiscal y de empleo.

“Segurança social no capitalismo periférico: algumas considerações sobre o caso brasileiro” de Mario Pouchman –investigador del Centro de Estudios Sindicales y de Economía del Trabajo de la Universidad Estatal de Campiñas, Brasil–, es el tercer artículo que reseñaremos en este texto. En la primera parte del documento se examinan las condiciones históricas que permiten el desarrollo del Estado de bienestar social en las economías centrales del capitalismo mundial durante la segunda posguerra. El periodo que va desde la década de 1940 hasta inicios de los años setenta, a decir del autor, se caracteriza en los países centrales por tres condiciones estructurales que explicarían la dinámica del Estado de bienestar.

En primer lugar, al analizar la *lógica industrial moderna* en los países centrales, se describe el proceso que generó demanda de nuevos tipos de profesiones y que dejó en la obsolescencia las ocupaciones de baja escolaridad. Frente a tal jerarquía funcional en el modo de operar de la industria, la intervención del Estado procuró la regulación de precios y la elevación de salarios, estimulando una convivencia más homogénea entre ingresos y consumo. En segundo término, la paulatina confluencia de intereses entre la clase obrera y la clase media consolidó regímenes políticos de *democracia de masas*, en los que la representación obrera llega a ocupar espacios en los parlamentos, promoviendo legislaciones sociales y laborales que amplían las conquistas de ciertos movimientos obreros hacia todos los ocupados. Esto favorece la formación de una estructura solidaria de redistribución de la renta, apoyada en mecanismos de recaudación tributaria amplia para los ricos (impuestos sobre la renta y el patrimonio) y de transferencia hacia la población pobre, en especial a través del acceso a servicios públicos básicos, de programas de fondos para cubrir gastos en educación y del seguro de desempleo. La tercera condición estructural vinculada a la seguridad social en los países centrales es la *sociedad salarial*, constituida

a partir de un mercado de trabajo estructurado. El asalariamiento como forma fundamental de ocupación de fuerza de trabajo, enmarcado por regulación estatal, también apunta a un patrón relativamente homogéneo de bienestar, en el que confluyen las pautas de consumo y los estilos de vida entre la población obrera y la clase media.

La seguridad social en Brasil ocupa la segunda parte del artículo de Pouchman. Aquí se mencionan dos características estructurales de la nación carioca que son comunes para América Latina y que condicionan la forma en que el Estado de bienestar opera en distintos países, éstas son: 1) las disparidades en la productividad sectorial y regional, y 2) la permanencia de un gran sector de la población en condiciones precarias de vida y de trabajo.

A partir de tales condiciones, el autor analiza la dinámica de la racionalidad industrial moderna, la formación de una democracia de masas y la sociedad salarial en Brasil. En ese sentido, la expansión de la industrialización brasileña desde la década de los años treinta del siglo pasado se basó en modelos de gestión laboral heredados de la economía agrícola, caracterizados por la ausencia de regulación pública. La intervención estatal en el marco de la incipiente lógica industrial construyó una estructura tributaria para financiar obras públicas que consolidaran un sistema de protección social asociado al avance urbano-industrial. Sin embargo, la protección social fue financiada por una amplia base tributaria, a través de impuestos directos e indirectos, constituyéndose esto en una carga pesada y onerosa precisamente para los pobres, mientras que los beneficios sólo favorecieron a los trabajadores insertos en alguna relación laboral regulada por el Estado. Contrariamente a los mecanismos de heterogeneidad en los países centrales, en Brasil el deterioro de los servicios otorgados por el Estado se ha reflejado en que las clases medias optan por ofertas privadas de seguridad social. A su vez, los diversos intereses entre obreros y la clase media impactaron de manera negativa en la representación de los obreros y los sindicatos en la democracia de masas, lo que limitó que pudieran presionar para una mayor creación de sistemas de protección social; esto se agravó con los obstáculos para la democracia y para las reformas igualitarias impuestos por los gobiernos autoritarios en distintos periodos de la historia brasileña, en particular durante el régimen militar entre 1964 y 1984. En la nación suramericana, entonces, no hubo condiciones propicias para conformar una sociedad salarial, puesto que perduran relaciones de trabajo no capitalistas, tanto en actividades industriales como en la agricultura de subsistencia, los servicios urbanos, la construcción, etcétera; es decir, la estructura ocupacional es muy heterogénea, la regulación pública en este renglón es exigua y la organización gremial escasa.

A nuestro parecer, la articulación entre la dinámica industrial, los procesos democratizadores y la estructuración de los mercados de trabajo, como marco para explicar el funcionamiento del Estado como promotor del bienestar social, es una estrategia analítica muy valiosa. Sin duda, la democratización de los modelos de distribución y un mayor

desarrollo de políticas públicas contra la exclusión que promuevan la justicia social no debe dejarse sólo en manos de los “mecanismos del mercado”, sino que deben abrirse espacios para que la voz de los sectores más perjudicados tengan una real incidencia en el diseño de políticas públicas.

Por otro lado, si algo tienen en común los tres artículos aquí reseñados es la mención de problemas compartidos por los países de América Latina. La escasa productividad, el rezago en competitividad internacional, la mala distribución del ingreso, la subutilización de las capacidades laborales y la insuficiencia de la seguridad social, son trabas para el desarrollo pleno de las naciones latinoamericanas. En ese sentido, la búsqueda de estrategias compartidas y convergentes entre estas naciones nos hace pensar en la necesidad apremiante de “mirar hacia el Sur”. Es innegable que han surgido ya iniciativas estatales en varios países del Cono Sur con una orientación que busca el mejoramiento en bloque de las condiciones en que las economías se integran al sistema mundial. México no debiera quedar al margen de este proceso.